

UNA HISTORIA COMPLICADA

CONCIENCIA IDEOLÓGICA DEL TERCER MUNDO

Como creo haberlo demostrado en mi primera nota, el tercerismo -y esto además por su misma ambigüedad, por su intrínseca imprecisión- no soporta una cronología exclusiva ni un contorno seguro. Corriente ideológica en proceso -“*in fieri*” diría el feliz término latino- no resulta hoy (y todavía) adecuado para ninguna entomología, para ninguna filatelia de las ideas. Han sido tan variadas las fuentes que lo nutren y siguen manando con tanta fuerza que no habrá imagen estable que consiga apresarlos, que pueda fijarlos, ya tiesos, tras una vitrina pretendidamente científica.

¿Cómo desvincularlos, por ejemplo, de una voluntad de “*descolonización mental*”? Desde que hizo crisis el imperialismo y aun desde numerosos precursores, los sectores pensantes de Latinoamérica, África y Asia han querido pensar con su cabeza, han rechazado la dócil “*mente-captaz*” de sus antecesoras. Esté aquí en juego o no lo esté la famosa “*desalineación*” (por algo preferí otros términos), el acercamiento a una postura independiente y original es un capítulo de ella. Algunas objeciones a Solari han hecho caudal de antecedentes europeos y norteamericanos, pero es en el área del Tercer mundo donde esas señas de rebeldía incipientes y casi siempre frustradas encontraron su terreno congenial. Muy pronto se vio que, ante los intereses que llevaban a la dualización del mundo, el sometimiento de las burguesías occidentales a los dictados de Washington no ofrecía (por lo menos hasta la tentativa degaullista) el menor resquicio. También se vio que el socialismo europeo, pese a objeciones teóricas y a sesudos planteos, no modificaría un tilde del texto que Estados Unidos iba dictando. De la oposición a su graciosa majestad de los Guy Mollet, los Willy Brandt y los Harold Wilson no nació, ciertamente, el tercerismo.

Estoy hablando alternativamente de Tercerismo y de Tercer mundo. Y no es por casualidad, pues creo (y esto ya es adelantar una posición) que si algún sentido tiene hoy el tercerismo es el de ser la ideología todavía borrosa de ese mundo. Lo que quiere decir también que de ser una postura intelectual y evidentemente minoritaria ha ido haciéndose, sin perder del todo su carácter original, una “*política*”, con todas las impurezas, lastres y renunciaciones que ella implica pero con una fertilidad, con un poder creador que antes no tenía.

LAS PRUEBAS DEL TERCERISMO URUGUAYO

Este planteo, realizado desde el Uruguay, tiene bastante de exótico. Y no me parece dudoso que de esta excentricidad deriven tanto muchos de los desajustes de la obra de Solari como de las iracundias que amenaza provocar. Sería cuento largo el anotar las retracciones que sufrieron en la conciencia política del tercerismo uruguayo los sucesos que en los últimos veinte años alumbraron la realidad del Tercer mundo y promovieron la noción de sus comunes intereses. Qué ecos suscitó, por ejemplo, el largo período varguista del Brasil. Qué reacciones despertó el peronismo y cómo se siguió y hasta qué punto esa revaloración del decenio 1945-1955 que hoy, en los sectores progresistas, no tiene casi contradictores. Qué se pensó de la disidencia yugoslava (1948), por más que ésta interesara sobre todo a los sectores comunistas, y de Indonesia (1949) aunque ella, como su precursora la India (1947), o como el movimiento afro-asiático organizado desde esa área a partir de la conferencia de Bandung (1955), o no constituyan para el tercerismo materia polémica o, por hallarse demasiado próximos, hayan sido acogidos por una conciencia internacional mucho más afinada y madura. En cambio, dejando de lado por ahora a la revolución cubana, verdadera piedra de toque para una crisis de redefinición, la revolución egipcia (1953) y el posterior advenimiento de Nasser representó para el tercerismo uruguayo la más penosa experiencia de confusión. Sólo la del peronismo la iguala porque en el caso egipcio la modalidad antisemita que la revolución adoptó parece haber compensado con creces una lejanía geográfica y cultural capaz de atemperar las reacciones.

No sería difícil sostener que, para un tercerista de otros continentes, aquella modalidad es adjetiva y esencialmente secundaria; no sería difícil sostener que, por mucho que nos gustara que no existiese su presencia, no tiene por qué modificar una actitud global. Pero tanto el caso egipcio como el caso peronista exhiben apariencias comunes que tuvieron que chocar con las propensiones originales del tercerismo intelectual de la primera hora. No hace mucho, en algunas notas de mi **Antología del ensayo uruguayo contemporáneo**, me refería a las fórmulas a que ese tercerismo (autor de los textos que Solari recoge) tuvo que recurrir. Eran las **limpias banderas** empuñadas por **manos sucias**. O la posibilidad de que **finés buenos** fueran **servidos** por hombres sin tacha aunque también **utilizados** por otros que estaban lejos de serlo. O el distingo entre lo **permanente**: la liberación nacional, la promoción antiimperialista, y lo **acesorio**: las formas autoritarias y caudillescas que las servían. En general, el temple legalista y moralista del primer tercerismo, heredado de la izquierda tradicional, desquició sus instrumentos de aprehensión para tal tipo de movimientos. La presencia protagónica de un caudillo, el peso decisivo del sector militar, la politización coordinada de toda la sociedad hacia un fin común, el partido político, legal o prácticamente, único, la virtual desaparición de toda libertad de prensa, el manejo de una pasión

nacionalista exaltada hasta el paroxismo, repelían y repelen aún al primitivo núcleo tercerista. Un núcleo disidente, “*ma non troppo*”, de este Uruguay. Este Uruguay que (como Solari varias veces lo anota con satisfacción) es tan nativamente liberal, estable, moderado, demócrata y enemigo de todo exceso. También Solari registra (p. 40) que, para los terceristas de 1947, nacionalismo y fascismo eran la misma cosa y aun podría haber llevado la identificación mucho más adelante. Yo recuerdo, porque es una de esas impresiones que no se borran, una nota periodística de 1955. En ella el autor aprobaba que el gorilaje libertador argentino hubiera arrebatado el diario “*La Prensa*” de manos del pueblo en la personaría de la CGT para entregarla al cipayo y multimillonario Alberto Gaínza Paz. El sueltista, es cierto, planteaba su aspiración de que en el diario, así purificado, su benévolo señor escuchara más las aspiraciones populares que en el no muy distante pasado. Fue sin duda un consejo que el altivo oligarca debe de haber tomado muy en cuenta.

Y, para cerrar estos recuerdos, aventuremos una opinión: es más que probable que el tercerismo no haya nacido en olor de santidad democrático. Por lo menos de lo que entiende por democracia la prensa *ubedé* y aun algunos nostálgicos del liberalismo de “*la belle époque*”.

EL TERCERISMO Y SUS POLÉMICAS

No todo esto ha dejado su rastro en los documentos y actos que se han llevado y traído y en otros que aparecen salteados. No veo, por ejemplo, que se haya traído a colación el importante texto que representa el manifiesto publicado por MARCHA el 8 de agosto de 1947 y que lleva las firmas de Servando Cuadro, Arturo Ardao, Washington Reyes Abadie, Lincoln Bizzozero y Hugo R. Alfaro. Allí se habla explícitamente, aunque en forma no muy eufónica, de **la tercera actitud**. Ni advierto tampoco que se hayan mencionado las empresas de Servando Cuadro, tanto su “*Federación hispanoamericana*” del mismo y crucial 1947 como su prédica de MARCHA entre 1948 y 1952. Alguna vez llamé a Cuadro la figura más profunda, original y dramática -si no la más sólida ni la más documentada- de nuestra izquierda. Ahora agrego también: de nuestro tercerismo. No desespero que un día se perciba su estatura.

En toda esta primera etapa que no me atrevo a decir que estoy evocando, el tercerismo, aún en barrunto, tuvo que sufrir ataques enconados. Yo no sé bien qué es lo que se considera “*polémicas*”, ya que se ha negado que ellas existieran. Tal vez no hayan llegado a la violencia que la mención de ellas amenazó provocar. Tal vez hayan sido como aquella réplica de Franz que, tras una hora de silencio, hizo retirarse a Fritz, a quien no le gustan las discusiones. Pero es indudable que el tercerismo sufrió ataques violentos desde la primera hora, lo que no dejaría de constituir una firme muestra de su inicial vitalidad. En EL SOL del 8 de mayo de

1951, por ejemplo, entonces bajo la dirección de Damonte y Koifman, F. Ferrandiz Alborz publicó una nota de título relativamente hermético. Se llamaba “*Acevedo Díaz y la tercera posición*”. Basada en una glosa del famoso cuento “*El combate de la tapera*” comparaba a los terceristas con los perros del relato, dedicados a lamer los cadáveres al concluirse la terrible lucha.

Un poco antes, en “*Documentos del Ateneo: apoyo a la UN*”, se recogió una resolución de ese centro, aprobada el 12 de octubre de 1950. En ella se lee lo siguiente: “*Hay un antiimperialismo rico de palabras y paupérrimo de hechos, que se esconde detrás de conjeturas que no prueban nada, que magnifica todo lo que pudiera confirmar sus preconcepciones, que excluye sistemáticamente las razones que invalidan sus ideas hechas, que si no silencia totalmente los desmanes y depredaciones de la URSS, no les concede nunca la peligrosidad que encierran. Es este antiimperialismo, de mucho predicamento entre los jóvenes de nuestro país, el que echa a correr la especie absurda de que el conflicto actual entre libertad y tiranía, entre el sentido democrático y liberal de la vida y el totalitarismo autoritario y regresivo, es una mera lucha de dos imperialismos rivales, igualmente voraces e igualmente malos, en la que no tenemos que mezclarnos, en la que no está en juego nuestro destino, etc...*”.

El texto lleva, entre otras firmas menos memorables, la de Carlos Vaz Ferreira.

La cuenta podría seguirse, pero ya es suficiente. Como es fácil advertirlo, tienen antecedentes muy dilatados las actuales ramplonerías de nuestra prensa grande y teleinspirada.⁽¹⁾

(Esta es la segunda de varias notas dedicadas a **El Tercerismo en el Uruguay** de Aldo Solari, Alfa, 1965)

⁽¹⁾ Cerrada esta nota, advierto la injusticia que representaría dos silencios. Me refiero al manifiesto de la Juventud del Partido Nacional (herrerista) de julio de 1952, sustanciosa declaración pese al lamentable destino posterior de casi todos sus emisores. Y, sobre todo, a la revista NEXO, publicada entre 1955 y 1958 por Roberto Ares Pons, Washington Reyes Abadie y Alberto Methol Ferré. Importa posiblemente la más orgánica tentativa de pensamiento “*tercerista*”. También habría que mencionar, aunque su filiación sea menos precisa, NUESTRO TIEMPO, editada entre 1954 y 1957, por Carlos M. Rama, Enrique Broquen y Mario Jaunarena.